

APORTACIONES PARA EL 75 ANIVERSARIO DE LA INAUGURACIÓN DEL INSTITUTO LABORAL HERMANOS ARGENSOLA.

Por Eduardo Rodellar Fumanal, nacido en Alquézar el 29/12/1944.

I). MI OPINIÓN SOBRE EL INSTITUTO Y LA ENSEÑANZA LABORAL

Sin saber que se organizaba la conmemoración en marcha, el pasado día 20 de septiembre escribí un artículo en EL CRUADO ARAGONÉS, donde opinaba sinceramente sobre la creación de los Institutos, la gran labor que desarrollaron y lo bien que cubrieron la ausencia de una enseñanza que nunca debió suprimirse.

Instituto laboral Hermanos Argensola

por Eduardo Rodellar Fumanal

Me ha encantado que El Cruzado se haya acordado del 75 aniversario del Instituto Laboral Hermanos Argensola.

Personalmente, me veo obligado a romper una lanza en favor de lo que representaron y la excelente labor llevada a cabo por los cincuenta centros existentes en España, aunque fuesen creados por un ministro franquista. Girón de Velasco pudo ser un personaje muy adicto al régimen, pero la función que cumplieron esos centros, y de la que me beneficié, no pudo ser más acertada.

Todos fueron enclavados en zonas rurales y poblaciones similares a Barbastro. Pensaron también en la forma de facilitar que pudiésemos acceder los de la comarca, aunque para ello tuviesen que pactar con alguna fonda para tenernos internos.

A los alumnos que veníamos de fuera se nos sometía a una selección para poder acceder a una beca que ayudase a pagar ese mayor coste de la pensión, beca que debía ser revalidada cada año con notas muy elevadas, bajo el riesgo de perderla y volverse a casa.

Eran cinco cursos en vez de cuatro, suprimían el latín y se añadían biología y física y química con sus laboratorios incluidos, un campo de experimentación agraria y talleres de mecánica, electricidad y carpintería. En todos ellos las prácticas acompañaban a la teórica.

En la imagen que acompaña estas líneas, de derecha a izquierda, podemos ver el patio de recreo con el frontón, en el primer cubierto había un gimnasio y, a continuación, dando al exterior tenían vivienda los dos bedeles. A partir de ahí venían todos los talleres. En los primeros locales de los bajos del edificio principal, iban los dos laboratorios, la escalinata de subida a la segunda planta y a continuación estaban las

oficinas a este lado y al otro el gran salón de actos y conferencias, donde, además, se nos permitía ver cine. Los alumnos gestionaban el club y se podían solicitar las películas deseadas, fijando el precio de las entradas para cubrir su costo.

En el primer piso, el local central era el claustro de profesores y a los lados estaban las aulas, intercaladas con servicios. No debo olvidarme del sótano, donde estaba instalada la caldera de la calefacción y donde quedaba un amplio local donde, en invierno, los internos solíamos quedarnos a jugar, calentitos, hasta que el histórico bedel Sr. Pera agotaba su paciencia.

Si algo debo destacar es el trato amable de los profesores que, en vez de castigar, cuando algún alumno rebasaba ciertos límites, llamaban a los padres, a los que se les podía plantear incluso la posibilidad de expulsión. Además, varios de los profesores que tuve ahí están entre los mejores que he conocido en mi vida. Fueron bastantes los alumnos que, al segundo o tercer curso, veían claro que lo suyo podía ser más un oficio que estudiar y buscaban donde entrar de aprendices, favoreciéndoles la teórica aprendida.

Personalmente, no puedo más que elogiar desde la idea del Sr. Girón de Velasco hasta el último detalle en el funcionamiento de todo el sistema.

Creo que la decisión de cierre en 1978, como la mayor parte de decisiones "políticas" fue un tremendo error.

En el mundo rural estaba muy generalizada una alternativa, en la que el pagano era el Estado, todos los alumnos estaban internos y la carrera abarcaba más de doce años. Eran los seminarios, a los que, a los once años, eran llevados gran cantidad de críos a los que se les "suponía" su vocación sacerdotal.

Hubo familias numerosas que llegaron a llevar dos y hasta tres críos, influenciadas porque el coste de la larga carrera era nulo.



INSTITUTO LABORAL DE BARBASTRO

II). ¿POR QUÉ AL INSTITUTO?

Dos años antes de ingresar en el Instituto, padecí la frecuente amenaza de ir al seminario, solución muy fácil para quienes tenían varios hijos, ya que en ellos, todo el gasto que suponía la enseñanza y manutención la pagaba íntegramente el Estado, viviendo donde viviesen, además de que permanecían ingresados durante doce años.

Nunca tuve vocación sacerdotal, y a los 10, 11 años, siempre dude que ninguno de mis muchos amigos que ingresaron, tuviesen la menor idea sobre el tema.

Los que vivíamos fuera de Barbastro tuvimos la suerte de que se creó el servicio adicional de internados, en los que comíamos y dormíamos, pero su coste añadido era difícil de soportar por casi ninguna de las familias rurales de aquellos tiempos.

Se instituyó un sistema de becas y para acceder a ellas, había que superar unos exámenes con lo que los institutos se aseguraban de que el Estado financiaba a alumnos de nivel que deseaban.

Me salvó del seminario mi maestro y amigo D. Wladimiro Salinas, quien me descubrió la fórmula para intentar conseguir una beca, con la que, la familia tenía más fácil soportar lo que no alcanzaba la beca, principalmente los libros.

III) INGRESO EN EL INSTITUTO Y VIDA EN LA PENSIÓN

Siempre supe que esa beca dependía de mis notas, pero nunca me informaron del importe. Lo supe hace solo cinco años, buscando otras cosas sobre mí en internet. Me salió la información que publicaba el diario LA NUEVA ESPAÑA de Huesca del año 1957, haciendo saber las de los alumnos a los que se la renovaban y el importe. En ese año, al Estado, mi estancia en una pensión, con alimentación incluida, le costaba 3.000 pesetas, cantidad equivalente a lo que alguno de mi familia ganaba, con el durísimo trabajo de la repoblación forestal, durante más de medio año.

Los tres primeros años nos alojábamos en el Hotel San Ramón, habían pactado que lo haríamos, entrando a un comedor pequeño, por la puerta trasera y nuestros dormitorios estaban en la última planta, donde las

instalaciones eran muy discretas. Dormíamos dos en cada habitación y aunque D^a Josefina, la hermana mayor de las tres propietarias, dirigía el Hotel con mano férrea, nuestra vigilancia, control e incluso castigos, los imponía el militar Sr. Bureu.

Recuerdo que yo era el más pequeño de los internos, me gané el gracioso apodo de “el benjamín” y recuerdo el trato privilegiado que me dispensaba el formidable cocinero y camarero Miguel.

Yo tenía bastante más de diez años, el ingreso, el primer año, tuvo lugar hacia el 20 de septiembre, para ir adaptándonos y realizar diversos trámites. Recuerdo como cada año nos bajábamos el colchón de nuestra casa, para volverlo a subir a final de curso.



Uno de los trámites era obtener esta tarjeta de identidad, en la que se me adjudicaba el número 121, que indica que, en los 5 años de funcionamiento, habían pasado por él 120 alumnos. En mi curso, si no recuerdo mal, empezamos siendo 35.

IV). ESTANCIA Y VIDA EN EL INSTITUTO

El resto de años, siempre ingresamos a principios de octubre y, normalmente, se iniciaba el curso de forma solemne, en el gran salón de

actos, con la presencia de la casi totalidad del claustro de profesores, en el que hacían entrega de los diplomas logrados con la máxima nota y que, con el nombre de MATRÍCULA DE HONOR, eximían del pago de matricularse en esa asignatura el nuevo curso.



Me hace la entrega D. José M^a Nerin, alcalde de Barbastro y profesor de Lengua y Literatura. El más cercano es D. José M^a Tarazona, veterinario, director del centro, profesor de Biología y que llegó a las más altas cimas internacionales de la investigación. Al fondo, D. Pascual Nervión, gran profesor de Física y Química, del que destacaba su forma de explicarse en clase. Estando atentos, no era necesario estudiar.

Quizás aquí he de destacar la gran implicación de grandes personajes de la ciudad del Vero, para potenciar la enseñanza en un centro ejemplar en muchos aspectos. Los apellidos Nerin, Guidotti, Solano, Bravo, Gómez, Santos Lalueza, Dean de la Catedral, y otros, actuaron más de altruistas que de profesores a cambio de remuneración que, seguramente les salía cara por sus ausencias en sus importantes actividades particulares.

En general, la convivencia entre los alumnos y profesores fue grata. Contra lo que muchos parecían creer, por tener el origen que tenían los Institutos, no solo era digno de alabanza el alto nivel de la mayoría de los profesores, sino el hecho de que no se impusieran castigos; no pasaban de más o menos

serias advertencias. Era normal que a las dos o tres faltas o incorrecciones del alumno, fuesen convocados los padres, quienes eran informados del tema y debían ser ellos los que se ocupasen de la reprimenda al hijo y debían hacer la advertencia de que, de no enmendar, se podía llegar a la expulsión.

Dentro de la organización de nuestros ratos de ocio, que en el caso de los internos eran muchos, es digno de mencionar la bondad del muy mayor y a veces gruñón (con razón) bedel Sr. Pera, que, en pleno invierno, alargaba el funcionamiento de la calefacción, dejándonos estar en la amplia sala del sótano, donde se encontraba la caldera, y estando calentitos, unos hacíamos deberes, otros jugábamos, y hacíamos tiempo para llegar al hotel a la hora de la cena, ya que no nos era permitido hacerlo antes.

El centro nos proporcionó todos los medios necesarios para montar un cineclub, que gestionábamos los alumnos. Podíamos solicitar las películas deseadas, sabiendo que entraba en nuestra responsabilidad el pago correspondiente que había de cubrirse con el precio de las entradas. Ese cineclub funcionó perfecta y democráticamente, y al que esto escribe le nombraron tesorero cuantos años duró. Recuerdo que, al despedirme de nuestro director Sr Tarazona (Como recuerdo la larga y grata charla y su consejo al comentarle mi visión de las dificultades a las que me debía enfrentar: “Eduardo, quien no se moja, no salta el charco”) le hice entrega del dinero sobrante, que podía servir para pagar la siguiente película.

L@s profes que más libres se sentían, disfrutaban organizando algunas salidas camperas en fines de semana. La totalidad de ellos se volcaron en facilitarnos todo tipo de medios para celebrar aquella memorable semana entera de Santo Tomás de Aquino, que entonces se celebraba el 7 de marzo. Fue en 1957.

Hubo comidas de hermandad, varios campeonatos deportivos y organización de una tuna con rondallas callejeras y actuación en radio Barbastro, dirigida por nuestro profesor de gimnasia y Formación del Espíritu Nacional, D. Casimiro Cortijo. Yo me apoderé de una pandereta.....

Por cierto que, siendo instituciones creadas por el franquismo, los aprobados en Formación del Espíritu Nacional, igual que el de Religión, eran rutinarios y generales, si bien nuestro privilegiado profesor de esta última, Don Santos Lalueza, Dean de la Catedral y mente privilegiada si las había, no escatimaba tiempo en sus clases y en múltiples charlas en el salón de actos.

Nos proporcionaron medios de transporte (tractores y remolques) para organizar una simpática cabalgata por el centro de Barbastro. A mi me adjudicaron hacerme pasar por uno de los personajes políticos internacionales más antipático del momento.



De Nikita Krushev no tenía más que el gorro con la estrella que, amablemente, me hizo en los talleres un compañero. Mejor atuendo lucía nuestro compañero Eisenhower, por la facilidad que le daba tener su casa cerca, y no pudo hacer gran cosa el amigo Churchill, con su brazo recién escayolado realmente y alejado de su casa en Lalueza.

Tratamos de imitar las conversaciones y discusiones del momento entre los tres mandatarios, alrededor de una mesa, sobre un remolque de tractor muy bien engalanado.

Nuestro profe y amigo Pascual Nervi3n, esta ah3 como siempre lo sol3a hacer, apoyando nuestras aventuras.

El mismo Instituto era propietario de uno de esos tractores con remolque, aparte de muy diversa maquinaria en su cercano campo de experimentaci3n agraria, donde la experiencia del profe Juan Tornos, nos era transmitida, tanto en diversas clases de cultivos, sus plagas y c3mo combatirlas, hasta enseñarnos a maniobrar con un tractor (prueba que hab3a que superar en la revalida) o a conocer las m3s diversas m3quinas que iban apareciendo en aquellos a3os iniciales de la mecanizaci3n del campo espa3ol.

Durante esa semana festiva hicimos una excursi3n que para m3, tristemente, pareci3 prodigiosa. La hicimos a Alqu3zar, mi pueblo natal y, curiosamente solo visitamos la central el3ctrica, donde mi padre estaba de guardia.



Mientras los alumnos posábamos para hacernos una foto, nuestros profesores y guías Angelita Pardo y Pascual Nervión, se habían ido directos a la central, y cuando llegamos, fueron los profesores los que se dirigieron a mí para decirme que se habían puesto de acuerdo con mi padre para que yo me pudiese quedar.

No se me ocurrió pensar que todo aquello no podía ser fruto de la casualidad y, con el tiempo, pensé que mi padre habría llamado pidiendo que me dejasen subir porque mi abuelo Perico, del que muchas veces escribí que fue mi mejor amigo, estaba muy, muy grave.

Efectivamente, esa noche, estando yo en casa, mi abuelo falleció. No era normal que yendo de excursión a Alquézar, la visita se limitase a ir a la central.

A lo largo de mis cinco años de estancia solo hubo otra excursión. Fue a Tarragona, con parada en el Monasterio de Poblet. Visitamos el centro de Tarragona y especialmente una de las dos Universidades Laborales que existían en España.

Ya terminado el bachillerato y realizados los exámenes de reválida, en el Instituto de Balaguer, en el que aprobamos los tres alumnos presentados,

estando en nuestras casas, recibimos una carta por la que se nos invitaba a pasar una semana en el Campamento de la Organización Juvenil Española de El Escorial.

En esta fotografía estamos los tres “finalistas”, Arturo López Monter, Juan Chemisana Aguayos y Eduardo Rodellar Fumanal.



Como a cada Instituto le dieron derecho a enviar a seis alumnos, nos acompañaron los tres que, a criterio de nuestros profesores, eran también merecedores del premio.